Tom. II. Num. 46. —161— 25 de Febrero de 1844.

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

Atractivos del invierno.

I.

Pues señor, no hay que darle vueltas: la mejor estacion del año es el invierno. Las empresas de los teatros logran fácilmente buenas entradas. Los gastrónomos saborean ricas ostras; y así que empieza á helar, sacian su apetito con el sabroso besugo. Los ministros de la corona pueden infringir impunemente las leyes sin temor de asonadas ni motines, porque la sangre no hierve como en el mes de julio, y los patriotas prefieren asar castañas y calentarse en el brasero á pronunciarse entre lluvias y nieves. Los limpia-botas bailan de gozo, porque tienen grandes lodos á su favor. Los médicos se hacen de oro con los constipados y pulmonías. Los boticarios venden pastillas pectorales que es una bendicion de Dios. Los estereros se hacen poderosos. Las doncellas hacen nuevas conquistas todos los dias con los francesitos que se descuelgan del Pirineo á limpiar nuestras chimeneas, y nuestros bolsillos con sus micos y sus órganos. Hay no obstante padres muy españoles, particularmente en las hosterías, y apenas ven que un franchute de estos, *camela á sus hijas, á escobazos me lo* plantan en la calle, como espresa la lámina que encabeza este número. Así debieran barrerse de España todos los estrangeros que esplotan la mina de nuestra ignorancia.

Los pretendientes sobre todos, desean que llegue el invierno, porque los dias de Navidad son los dias del turron, y el turron es el alimento predi-

lecto de los españoles. Si Jovellanos viviera en estos tiempos, mudaría el epígrafe de su célebre obrita de *Pan y toros*, en el de *Toros y turron*. Pero además de todos estos y otros aficionados que tan poderosos motivos tienen para querer el invierno, hay otros apasionados á esta estacion que el vulgo ignorante califica de rigorosa. Estos apasionados son los verdaderos inteligentes en la materia, y á buen seguro nadie podrá negarles la razon cuando patentizan las ventajas de los meses de noviembre, diciembre y enero, á los de mayo, junio y julio.

La monotonía del verano es insípida. El resplandor del sol alumbra siempre con sus mismos rayos. Las flores esparcen sin cesar idénticos aromas. Los campos siempre verdes... Oh! esto es insoportable, esto es atroz. Dicen los aficionados al verano, que para eso están las tiernas avecillas que con sus trinos y gorgeos encantan á cuantos tienen un corazon sensible á las delicias de la armonía. ¿Y qué, decimos los defensores del invierno, puede compararse el débil canto del tímido ruiseñor, con los animados y penetrantes duos que en el mes de enero entonan de tejas arriba los enamorados gatos? Y los truenos? Y los rayos? Y la lluvia? Puede haber cosa mas deliciosa que la lluvia? Oh, cómo me entusiasma la lluvia! Hablemos siempre de la lluvia!

Algunos han dicho que la lluvia es monotona. ¡Bárbaros! Que se aplique este epíteto al sol, santo y bueno; porque al cabo, segun la definicion de Mr. Arnal, *le soleil n'est qu'un grand clou jaune fiché dans le firmament par la main d'un audacieux tapissier*; pero la lluvia monotona! Bah! Cuando han visto los que tal absurdo profieren cosa mas variada y amena que la lluvia? La niebla, el rocío, el granizo, la lluvia menuda, el aguacero, la piedra, la nieve, la tempestad.... hé aquí un mosáico encantador de preciosidades.

¿Hay espectáculo mas grandioso que el de un recio aguacero.... sobre todo cuando se le contempla desde una ventana detrás de alguna vidriera perfectamente cerrada? Nada falta al golpe de vista. Cuando las cataratas del cielo (estilo bíblico) se abren en domingo, es cosa de alquilar balcones en la Puerta del Sol. Los que han tenido la imprudencia de salir de casa sin su muger y sin el paraguas, conocen entonces las ventajas que lleva el último mueble sobre el primero. ¡Qué placer no proporciona ver bajo un solo paraguas protector el pintoresco grupo de un matrimonio con chiquillos! Y digo, cuando la cristalina lluvia, es de las que suelen caer acompañadas de un recio vendaval, contra el cual no puede resistir el mas impermeable tafetan, de ese furioso huracan que se lleva sombreros y pelucas.... oh! entonces la respetable pareja que se habia puesto en camino para ir á lucir el trage de los dias de fiesta, ofrece la maravillosa perspectiva de un lance verdaderamente romántico. Solícito el marido por su precioso paraguas, abandona el brazo de su cara mitad, y se clava en el suelo para salvar al susodicho mueble, que el viento le ha vuelto como un calcetin, y parece querer arrebatárselo de las manos, del mismo modo que acaba de arrebatarle el sombrero en el momento que cae de una azotea una maceta de flores y le abre el crá-

neo. La recatada esposa, no hace caso de la catástrofe del marido, ni del chubasco que la inunda, y solo piensa en su angelical pudor; por manera, que para no dar en espectáculo sus contornos, toma la posicion de Venus de Médicis y lucha contra el furor del Boreas, que parece se empeña en descubrir á los espectadores las mas ocultas formas de la víctima.

Seria nunca acabar si quisiese hacer una minuciosa descripcion de todos los atractivos del invierno. Bastante he dicho hoy de las bellezas de la lluvia. En otro artículo me propongo demostrar los placeres del frio, las delicias de los sabañones y particularmente los heróicos lances del reuma cerebral, bien persuadido que una vez leidas las razones en que fundo mi opinion, todos mis lectores dirán conmigo que nada hay comparable á los encantos del invierno.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

Á LOS AJOS.

ODA.

No de ingrediente bajo
quiero inspirarme contra regla y gusto;
que canto, en son de grajo,
las glorias de Don Ajo,
del mundo vegetal príncipe augusto.
No aquel de las Castillas,
libre de los pucheros y las ollas,
el de mil maravillas
ajo de Valdestillas,
que cuando frio está levanta ampollas.
Canto los parabienes
del que en tantos impera ilustres platos,
que ha dado sin desdenes
mas lustre á las sartenes
que el betun y el cepillo á los zapatos.
El que tantos avisos
de venturosos lances dá á los dientes,
preciosos y precisos;
y mas gloria á los guisos
que Dios á los cristianos penitentes.
Con faz, canto, halagüeña,
apartando ojarascas y bambollas,
no al *ajo de cigüeña*
que aborta inculta peña,
sino al primo carnal de las cebollas.
La razon le ha nombrado,
por su influjo potente en la cocina,
consejero de Estado
que al ilustre *Estofado*
con su luz tantas veces ilumina.
Pues sírvele, sin duda,
aun mas que Tirabeque á Fray Gerundio,
que aunque de testa ruda,
lo juro, sin su ayuda
malo fuera el saber de Don Abundio.
Nada se iguala al *ajo*
si sus sonoros consonantes cuento,
como *bajo*, *badajo*,
majo, *tajo*, *pingajo*,
y otros mas retumbantes que no miento.
¿Qué hambriento en el presidio,
qué gañán del trabajo en las fatigas,
sin su virtud que envidio,
probára sin fastidio
las mantecosas pastoriles migas?
¿Quién hallará elemento
que mas penetre en formidable tajo,
ni epígrama ni cuento,
cantárida ó pimiento
tan picante en el orbe como el *ajo*?
¿Qué hombre hay tan inminente
que del *ajo* supere la grandeza?
El *tribuno elocuente*
y el militar valiente
tendrán mas corazon, no mas cabeza.
¿Y quién sufre un trabajo,
dígalo el vate que cantó en Mallorca,
con tanto desparpajo?
¿Qué reo como el *ajo*
con mas serenidad se vió en la horca?
Él sufre los enconos
sin que dobleguen su cerviz los daños.
Los hombres y los monos,
los pueblos y los tronos
se estremecen al soplo de los años.
No bien triste se cria
el *buen ajo*, le arranca un vil esceso
de torpe antipatía.
Cede á la saña impía;
pero está hasta morir tieso que tieso.
Por eso justamente
y por temor á su regüeldo adusto,
le llamo yo, prudente,
señor omnipotente,
del mundo vejetal príncipe augusto.
De no haberle hecho caso
llorára el gran Cervantes si viviera;
gimiera Garcilaso
se avergonzára el Taso,
y Fray Luis de Leon se arrepintiera.
Por lo que al hombre toca,
nada le dá altivez mas soberana
si á un corazon de roca
une el *ajo* en la boca
y el chupador ardiente de la Habana.
¿Qué impide los delitos
de cuadrilla rapáz, turba traviesa
en lances infinitos?
¿De una muger los gritos?
No, que si oyen chillar fija es la presa.
Mas la feroz partida
la *fuga intentará por el atajo*
para salvar su vida,
si hay quien *ajos* despida;
que mas que de un puñal huyen de un *ajo*.
Poder goza absoluto
que á las hembras embarga los sentidos;
y hasta morir disputo,
que por el tosco fruto
tienen temor y amor á sus maridos.
Su nombre es de los nombres,
con que el hombre refrena á sus iguales:
y no, lector, te asombres,
que cual las hembras y hombres

le humillan su cerviz los animales.
El triste carretero
no sacára á las mulas sin trabajo
del hondo atolladero
con su látigo fiero
si no gritára al dar: ¡arre..... espan*tajo!!!*
Y en fin sin ser aleve,
dá pavor en distintas ocasiones
que á veces como debe
los corazones mueve
y trastorna la faz de las naciones.
Mientras el *ajo* calla
dominan sin escrúpulo los reyes;
cualquier bey avasalla
saltando infiel la valla
de las que llaman protectoras leyes.
Delinquen á destajo
sin temor de que el pueblo los derrumbe,
mas griten los de abajo
¡Pueblo que se arma el *ajo!*
y se arde Troya y el poder sucumbe.
Yo ensálzole, sincero,
ya que el mundo que admite sus oficios
no le dá cicatero
ni aun de Cárlos Tercero
tan siquiera una cruz por sus servicios.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

LA BRUJA.

I.

Pues como iba diciendo, la aldea andaba revuelta como potage estudiantino. Diez eran ya los nenes hechizados por el ojo maligno de la bruja... ¡Diez nada menos!... Los angelitos se habian acostado frescos y guapotes como manzanas, y al siguiente dia todos amanecieran entecos y canijos, sarampinosos y virolentos! Las madres los mostraban con espanto, lágrimas, gemidos y maldiciones, culpando unas al cielo, y otras al infierno, y todas á la bruja fascinadora.

El cura, el sacristan y el monacillo cruzaban las calles, exhortando á los vecinos á la paciencia, y á que recibiendo aquella calamidad como castigo de sus culpas, volviesen á Dios los ojos...

El maestro de la escuela redactaba los detalles del suceso para mandarlos á la corte, y difundirlos, á favor de la prensa, por todo el mundo....

El alcalde dictaba bandos fulminantes, declarando la poblacion en estado de sitio, con otras medidas estraordinarias, pero precisas entonces para salvar la nave del estado....

El fiel de fechos escribia los bandos del alcalde; y el alguacil los fijaba con pan mascado sobre las puertas de la iglesia....

Tres mozos de la aldea, licenciados por inútiles, estaban sobre las armas, resueltos á hacerse fuertes contra la bruja, contra la peste, ó contra el demonio....

Y entretanto, las eras se hallaban solas, y las reses vagaban por los campos á la ventura, porque los hombres abandonaran la labor.... Y el pan no se amasaba, y la olla no se cocia, porque las mugeres dejaban apagar la lumbre.... Y gruñian los perros y maullaban los gatos, y cacareaban las gallinas.... Y lloraban los niños moribundos, porque los muertos habian dejado de llorar.

Era en el mes de agosto. La consternacion habia llegado hasta lo sumo, y todos opinaban *nemine discrepante*, que para setiembre ya no quedaria un muchacho vivo en el lugar. Un sol chicharrero abrasaba el aire. El calor, el susto y el asombro habian desterrado el sueño de entre los infelices aldeanos... nadie cerraba el ojo en la comarca, á escepcion de los niños que se iban muriendo.

Por fin una noche... ¡qué noche tan horrible y tremebunda! La fatiga y el cansancio, rindiendo á todos sus habitantes, habian convertido la aldea en un enjambre de durmientes: todos pagaban al sueño su dulce tributo.... ¡hasta las madres infelices!... hasta la misma guarnicion á quien tocaba defender la plaza!!

De pronto, las nubes centella radiante
rasgó, por el viento cruzando veloz,
y horrible la bruja mostró su semblante,
bailando entre llamas con risa feroz.
Y rechinando los dientes,
y mordiéndose la lengua,
por la boca denegrida
lanzó sapos y culebras;

y al empañar la atmósfera su aliento,
cruzaron visiones
llenando de alaridos los ámbitos del viento,
y se oyeron sin fin maldiciones,
del pecho salidas con hórrido acento,
y diabólicas canciones,
y desconsoladas quejas
que llenaban de espanto las orejas.
Y buitres mil carnívoros,
con afiladas uñas,
y topos y garduñas
con alas de avestruz,
lanzando gritos lúgubres
que repitió la rana en su laguna,
cruzaron el viento *robando á* la luna
la pálida luz.
Y la maldecida bruja
sobre su escoba montando,
cruzó los aires volando,
cual flecha que el arco despide veloz;
y descendiendo
á la casa mas alta de la aldea,
se entró por la chimenea
frotando sus manos con risa feroz!...
Qué bruja tan fea!!!
Lumbre sulfúrea bañó á deshora
la estancia do la bruja con sus untos
penetró malhechora....
Sonaron mil truenos juntos
á cuyo son calderos *con* alcuzas
temblando chocaron, y fuentes y platos....
Cruzaron por el viento ratones y lechuzas
mochuelos y gatos.
Allí en la cuna y desnudo
roncaba al son de los truenos
mamonzuelo rollizo y mofletudo,
el hijo del alcalde nada menos.
Y al verle ¡inocente! la pálida bruja
sacó de su pecho con risa sardónica
descomunal ahuja....
—Y dice, en un epílogo, la crónica
donde yo topé este cuento,
que aquella ahuja inhumana
era la misma ¡ó portento!
con que la bruja algun dia
remendaba el calzon y la sotana
del cura del lugar á quien servia....
¡O secreto infernal de brujería!
que siempre por ventura
le hallaron, de viejas, las amas de cura.—
Y con bárbaro cariño,
la bruja besando al niño
sobre su frente de armiño,
murmuró: «para tu aliño,
yo esta corona te ciño;
¡no despiertes, ó te riño!»
Y *en figura perfecta de fole*
sobre la tierna sien encasquetóle
de gasas y tules,
con ojales y borlas azules,
estraño
un hechizo,
de paño
pajizo.
Y luego, sin tiento, la pícara bruja
con la ahuja
el ombligo le picó;
y el pobre niño entonces llorando despertó.
Y asiéndole por un pié
la vieja infernal, resuelta
dióle en el aire una vuelta,
diciendo: «no llores, que nada te haré.»
Y otra vez mil truenos juntos
retumbaron;
sacó la bruja el bote de los untos
que olores pestilentes exhalaron
como á difuntos.
Montó sobre su escoba, del niño siempre asida,
y untóse pues... al punto, cual rauda exhalacion,
cruzó toda la casa la bruja maldecida,
y en el fogon
de la cocina, un instante
paróse prorrumpiendo ronquiza y tremulante,
Maldicion!! Maldicion!!!
Y *volviéndose* á untar con sus unturas,
siempre del niño tirando,
rauda volando
subió la maldita á oscuras,
rastros de azufre tras de sí dejando.
Y es fama en la aldea
que saliendo entre llamas la bruja
por la chimenea,
llevábase al niño prendido en la ahuja,
gozándose en ello con risa muy fea!
Y al subir con el niño
ya por los aires,
con acento maligno
nombró al alcalde.

Todas estas cosas las vió la tia Calandria desde su ventanillo (no se sabe si dormida ó despierta); pero temblando de miedo, segun declaró despues la susodicha. Solo dice la crónica, donde encontré tan estupendo caso, que en lo mas avanzado de la noche se oyeron en la aldea unos gritos horribles que despertáran á su roncante vecindario.

Un sordo murmullo circuló de improviso por todas partes.... eran los esperezos de tantas bocas soñolientas. En el mismo instante retumbaron tres furibundos escopetazos.... era una descarga gene-

ral de toda la guarnicion, sorprendida en su sueño, y que quiso morir matando primero que entregarse al enemigo.

Viejos, mugeres, mozos, niñas, maridos y setentonas se agolparon á la plaza con sepulcral silencio. La voz entumecida de la tia Calandria resonaba sobre tantas cabezas, murmurando fatídica y temblona: «*La bruja... La bruja se lleva á los infiernos al hijo del alcalde!*

Hijo mio!!! prorrumpió la alcaldesa, sacudiéndo sobre su frente la vara de su marido, hijo de mis entrañas!.. Mi bien!.. Mi consuelo!.. Bruja endemoniada!.. Quitarme aquel pimpollo, mas regusto y guapote que el Dios Venus!..

Y agarrando de las greñas al atónito alcalde, ven, le decia, que tú tienes la culpa por ser un calzonazos, y no quemar á todas las brujas del lugar, como yo te mandaba!.. Y le arrastró á su casa, gritando desaforadamente: Hijo de mis entrañas!.. Duque mio!.. Conde!.. Archipámpano!.. Emperador!..—El pueblo bramaba, y al son de sus bramidos volvióse á acostar la tia Calandria.

Pocas horas despues, y congregado á son de cencerrilla, se hallaba el concejo pleno en sesion permanente. Todo el pueblo agolpado en las avenidas de la casa concejil, esperaba con avidéz el dictámen de aquellos *padres-con-Cristo*. El dilin de la cencerrilla vino á anunciarles el *escomienzo* de la discusion, y todos callaron como muertos, abriendo (como vivos) las orejas, las narices y los ojazos para colar las especies al entendimiento, aunque dicen autores que, entre tantos ciudadanos, no habia ninguno que lo tuviese.

El señor alcalde, sentado en el banquillo de la presidencia, hizo una contorsion parlamentaria, como llamando la atencion del auditorio. Calóse el fiel de fechos sus anteojos de muelle (no sin grande aprieto de sus narices); frunció la frente como haciendo un esfuerzo de inteligencia, y con la pluma en la derecha mano, preparóse á escribir el discurso inaugural del alcalde, que comenzó de esta manera.

«Señores, señoras, hombres, mugeres, vecinos y forasteros... El timulto pepular deste pueblo manánimo, en estos dias de cris, ha tenío lugar en estos dias de timulto pepular, en este pueblo manánimo de cris...»

Al llegar aquí le tiró el fiel de fechos de la chaqueta, y por esta insinuacion conoció el preopinante que no marchaba por buen camino: tosió dos veces para tomar aliento, puso la mano sobre la frente, señal inequívoca de reflexion profunda; y despues de un momento de alambicaciones mentales, volvióse al concurso, pendiente de su boca, y... se quedó sin decir una palabra.

—*Que parle! Que parle!* prorrumpió á voz en grito el pueblo desaforado.

—*Que mos eche una proclama!* dijeron varias voces.

—*Que prenuncie otra vez su discurso!* gritaron de otra parte.

—*Repetatur! Repetatur!* concluyó el sacristan desde la puerta.

—*Bien! Bien! Que viva el sacristan!* repitieron de todas partes, y los *vivas* y los *bravos*, y las palmadas y las coces llenaron la estancia de infernal estruendo.

—*Al orden! al orden!* clamó el alcalde, sacudiendo en el viento la constipada cencerrilla.—*Al orden!*

—*Que parle el concejo!* gritaron *las masas*.

—*Que calle el pueblo!* respondieron los concejiles.

—*Chist!!* prorrumpió el alcalde; y rascándose la mollera, volvió á su discurso.

«Señores, señoras, hombres, mugeres, vecinos y forasteros... La cris... la cris con que se halla este pueblo manánimo, despues del timulto pepular deste manánimo pueblo, en la cris tan... tan... tan... tan....

—*Brutazo!* clamó desde la puerta una voz harto conocida de todos; y atropellando las masas, entró en el concejo la alcaldesa, desmelenada y palida.

—Brutazo! repitió dirigiéndose al alcalde como una sierpe. Brutazo! Animal! Qué sacará el angelito con tus sermones? Dáme esa vara, que yo sabré lo que he de hacer....

Y quitándosela de las manos, comenzó á sacudirle furiosamente.

—*Que viva la alcaldesa!* gritaron á la par todas las mugeres.

—*Que callen las gallinas!* contestaron los hombres.

—*Que vivaaaaa!*

—*Que calleeeeen! Afuera ellas!*

—*Afuera ellos!*

—*Las parlanchinas!*

—*Los borrachones!*

—*Silencio!* interrumpió la alcaldesa levantando la vara magestuosamente.—*Silencio!*—Restablecióse el órden y prosiguió la oradora.

«Como muger de mi marido, que no sabe su obligacion, y durante su brutalidad, mando y decreto que se queme á la bruja.»

—Que se la queme! que se la queme!

—Pero, señora, opuso el fiel de fechos con mucho tino; hasta el presente á ninguno es notorio su paradero....

—Pues á eso voy, continuó la alcaldesa. Sabed, vecinos honrados, que yo soy muy maliciosa, y

que á mí no me la pega ni el lucero del alba.... Yo sospecho mucho....

—De quién? de quién?

—A eso voy. Las brujas son muy astutas.... y por eso lo digo. La tia Calandria dice que vió á mi niño ¡hijo de su madre! que se le llevaba la bruja... y adónde? A los infiernos!!! Pues bien, á mi nadie me saca de mis trece!... Esto lo dijo porque no conocieran su picardía, y... á mí no me la cuela nadie!... y por eso digo, ¡y estoy segura de ello!... que la tia Calandria es la que me ha robado con sus mejunjes al hijo de mis entrañas!... Si!... no lo dudeis! La tia Calandria es la pícara bruja que causa tantos males, y pido que se la queme!

—Que se la queme! La bruja! La tia Calandria! Que se la queme!

Levantóse el fiel de fechos sobre la mesa, y despues de imponer silencio, comenzó su discurso de esta suerte.

—Pueblo benigno, pueblo sensato, pueblo circunspecto, pueblo virtuoso, préstame la atencion debida. Es indubitable que la bruja debe ser quemada (*quematus-a-um*) á fuego vivo, para escarmiento de sus cólegas: y las sospechas de nuestra ilustre presidenta (q. d. g.), no van fuera del camino de la justicia, y están conforme con las leyes del reino, á que me remito en caso necesario. Con todo, no obstante, son precisas, sin embargo, mayores averiguaciones; y una vez que la susodicha tia Calandria vió á ciencia cierta, y con sus propios ojos, á la mencionada bruja..... que declare su nombre y apellido, con otras señas interesantes á su pronta captura, y el escondite en que se sustrae á las pesquisas de la autoridad... Y de no lo hacer, queda probado que es ella la bruja maléfica (*quod non declaráverit*), y debe ser quemada incontinenti.

Mientras estas cosas pasaban en la asamblea concejil, disipáronse las sombras de la noche,

y el sol despuntó luciente
por los claros balcones del oriente,
mostrando su frente
á toda la gente
que en torno del concejo atentamente
con ojos y orejas, mirante y oyente,
grababa en su mente
la voz de un fiel de fechos elocuente.

E. F. Sanz.

EPIGRAMA.

Doña Inés, abuela mia,
ha dicho siempre muy recio
que el hombre es sábio ó es necio
segun qué leche le cria.
Y aunque esta verdad aburra
á mi señor Don Pascual,
bien se conoce que el tal
toma la leche de burra.

Wenceslao Ayguals de Izco.

NOTICIAS INTERESANTES DEL ESTRANGERO.

Nuestro digno colaborador *D. Juan Martinez Villergas* nos escribe desde San Petersburgo, haciéndonos una relacion de su viage, y una magnifica descripcion de las costumbres rusas. En nuestro próximo número insertaremos integra su carta. El *Sr. Villergas* está viajando por el estrangero, gastando el oro con profusion, con el objeto de adquirir buenos materiales para la publicacion del DOMINE LUCAS. No es cosa de cuidado las maravillas que nos va á contar el buen *Villergas* en los sucesivos relatos de sus viages. Ya sabe el público, porque lo han anunciado varios periódicos, que EL DOMINE LUCAS, *enciclopedia universal pintoresca*, dirigida por los *Sres. Ayguals de Izco* y *Villergas*, saldrá el 1.° de abril y todos los primeros de cada mes, en dos pliegos de lujoso papel marquilla, con profusion de laminas y caricaturas; siendo lo mas asombroso, que los que se suscriban INMEDIATAMENTE, no pagarán mas que 10 rs. al año !!! Con que á suscribirse todo el mundo por medio de las administraciones de correos, ó remitiendo EN CARTA FRANQUEADA una libranza tomada en correos á favor de *D. Wenceslao Ayguals de Izco*.

DÉCIMA.

Desde aquel que alfombras pisa
hasta el que enciende candiles,
acudan todos, y á miles
se van á morir de risa.
Tambien vosotras, aprisa,
llegad, Pepas y Marucas,
que va á decir cosas cucas
este papel sin segundo,
y á desternillar al mundo
el sábio DOMINE LUCAS.

AMBIGÚ.

Colas de carnero fritas.

Preparadas como va dicho, se cortan en pedazos mas ó menos gruesos, se pasan por manteca, y segunda vez por huevos, se hacen freir para rodearlas de peregil frito, y en lugar de la miga de pan, se pueden meter en pasta de freir.

Colas de carnero en parrillas.

Cocidas como ya va dicho, se meten en aceite, y despues de haberlas empanado, se ponen en la parrilla, á un fuego manso.

Riñones de carnero asados.

Despues de bien limpios y partidos, sin separarlos enteramente, se ponen en un asador pequeño, para que se mantengan abiertos: se echa despues un poco de manteca en el fondo de una cazuela, y dentro los riñones: se coloca todo á un fuego vivo, cuando están á punto, se pone en su interior una albondiguilla de manteca desleida con yerbas finas, ó manteca y anchoas, y un poco de zumo de limon.

Riñones de carnero con vino de Champaña.

Primeramente debe quitárseles la película que los rodea, para abrirlos y picarlos: se ponen en una fuente con un poco de manteca polvoreada con harina, y cuando están cocidos se les echa un vaso de vino de Champaña, se sazonan y se añaden yerbas finas muy picadas.

Puede usarse de otro vino en vez del de Champaña, particularmente en España donde abundan los mejores.

Guisado muy particular.

Se rellena una buena aceituna con alcaparras y anchoas picadas, y despues de haberla echado en adobo de aceite, se la mete dentro de un picafigo ó cualquiera otro pajarito, cuya delicadeza sea conocida, para meterle despues en otro pájaro mayor, tal como un hortolano. Se toma luego una cogujada, á la que se quitarán las patas y la cabeza, para que sirva de cubierta á los otros, y se la cubre con una lonja de tocino muy delgada, y se pone la cogujada dentro de un zorzal, ahuecado de la misma manera: el zorzal en una codorniz, la codorniz en un ave fria, esta en un pardal ó chorlito, el cual se pondrá en un perdigon, y este en una chocha; esta en una cerceta, la cual va dentro de una pintada, y la pintada en un anade, y esta en una polla, la polla en un faisan, que se cubrirá con un ganso, todo lo cual se meterá en un pavo que se cubrirá con una abutarda; y si por casualidad se hallare alguna cosa vacía que rellenar, se recurrirá á las criadillas, castañas y setas, de que se hará un relleno, que todo se pone en una cazuela de bastante capacidad con cebolletas picadas, clavo de especia, zanahorias, jamon picado, apio, un ramillete, pimienta quebrantada, algunas lonjas de tocino, especias y una ó dos cabezas de ajo.

Todo esto se pone á cocer á un fuego continuo por espacio de veinte y cuatro horas, ó mejor en un horno un poco caliente, se desengrasa y se sirve en un plato.

Prescindiendo de una complicacion como esta, se puede variar al infinito, segun los sitios y las estaciones, este modo de preparar muchos objetos en uno solo.

Espaldilla de carnero á la inglesa.

Se cuece, se deja enfriar, se le quita el pellejo que la cubre, y se la echa encima una salsa inglesa en la cual debe haber un poco de yema de huevo, se rocía de nuevo con manteca desleida, se cubre con miga de pan, dándola color en el horno manual, y se sirve con una salsa española.

A los Sres. Suscritores.

Con la entrega 30 concluirá el segundo tomo de La Risa. Se repartirán en breve á los que han adelantado su importe, los retratos de los Sres. Breton de los Herreros, Hartzenbusch, Príncipe y Bonilla.

Los señores suscritores se servirán renovar oportunamente la suscricion, para no esperimentar retardo. Los que adelanten 25 entregas tendrán opcion á cuatro retratos.

En el tomo tercero se dilucidarán entre otras las interesantes cuestiones siguientes: Si es preferible tener mucho apetito y poca comida, ó mucha comida y poco apetito: Si vale mas muger fea y rica, que pobre y hermosa: Qué es mejor entre ser viejo con salud y jóven sin ella: Qué sería peor entre ir en el invierno en trage de verano, ó en verano en trage de invierno: ¿Vale mas ser rico y tonto, que sábio y pobre?

MADRID.—1844.
Imprenta de la Sociedad Literaria.